

## **CÓMO ME VOLVÍ ATEO**

de **RICHARD PACKHAM**

Muchas veces me han pedido contar la historia de cómo me volví ateo.

La respuesta breve —y quizás frívola— sería que nací así. Y eso es la verdad.

Empleo la palabra ‘ateo’ en el sentido de alguien que no tiene ninguna creencia en Dios. Y precisamente así nací, igual que —sospecho— todos nosotros.

Pero esa no es la historia que me han pedido contar, y tampoco sería la historia completa, ya que, a los pocos días de nacer, mis devotísimos padres mormones empezaron a educarme para ser creyente llevándome a la iglesia para que los ancianos me “bendijeran” y que se me diera un nombre cristiano. Desde aquel día en adelante, hasta muy entrado en la adultez, me educaron para ser teísta; es decir, un creyente en Dios. Fue un proceso muy meticuloso que tardó mucho tiempo. Y fue muy eficaz. Hasta que cumplí unos 27 años, fui un devoto creyente en Dios, tal como los mormones conciben a Él. Y entonces empecé a volver a la “religión” con la que nací.

La historia de cómo llegué a dejar el mormonismo la he contado en otra parte, así que no la voy a repetir aquí. Pero será de ayuda decir aquí que me di cuenta de que el mormonismo era una falsedad sólo cuando emprendí la tarea de comprobar que sí era la verdad. Cuanto más buscaba explicaciones a las contradicciones y dificultades teológicas e históricas del mormonismo, más problemas encontraba, hasta que me di cuenta de que el mormonismo era una estructura de creencias y una red de falsa historia que no sólo carecía de la posibilidad de origen divino, sino que también tenía todos los indicios de algo terriblemente humano que se hacía pasar por algo proveniente de Dios. Desde luego, no tenía prejuicios contra el mormonismo; al contrario, tanto quería que fuera verdad. Sin embargo, resultó ser una patente falsedad. Más adelante, cuando contemplaba el mormonismo desde una posición más objetiva, esa falsedad se hacía cada vez más evidente, y casi me daba vergüenza el que tardé tanto tiempo en darme cuenta.

Mis experiencias con el cristianismo y la creencia en Dios han sido similares.

Cabe agregar que durante los cuarenta años desde que dejé el mormonismo, nada de lo que he leído —y he estudiado y aprendido muchísimo más— me ha hecho pensar que fuera un error dejarlo.

En los años desde entonces, sigo estudiando Religión, tanto en el sentido estrecho del estudio de religiones específicas y sus creencias y costumbres, como en el sentido más amplio; es decir, incluyendo el estudio de Filosofía, Lógica, Historia (en particular la historia de ideas), Mitología, Lingüística, Literatura, Sociología, Física, Antropología, Geología, Astronomía y hasta las Ciencias Ocultas. En ninguno de estos campos de estudio me hice experto (salvo, quizás, en Literatura y Lingüística, principales temas de mis estudios de posgrado), pero aprendí lo suficiente para poder entender qué decían los autores de temas religiosos, y decidir si sus aseveraciones tenían sentido. Después de todo, era el estudio de muchos de estos temas cuando yo era mormón que me llevó a darme cuenta del deplorable escasez de enseñanzas mormonas respecto a estos temas.

Y en todos estos años, a medida que amigos religiosos (en su mayoría cristianos) se daban cuenta de mi subsiguiente pérdida de la creencia en Dios, y conforme mi rechazo del mormonismo llegaba a incluir un rechazo del cristianismo, me instaban a reconsiderar: el hecho de que el mormonismo sea falso, no quiere decir que el cristianismo también sea falso. Inevitablemente utilizaban el modismo “¡No arranques el trigo con la cizaña!”

Una de las razones por las que escribo esto es para explicar a esos amigos cómo llegué a ser la persona que soy, y por qué sigo sin creer en Dios.

Permítame decir también que mi intención no es que esto sea un argumento exhaustivo a favor del ateísmo. Otros ya lo han hecho, y mucho mejor de lo que yo podría hacer (véase, por ejemplo, el libro *Ateísmo: el caso contra Dios*, de George H. Smith). Sólo estoy contando mi historia, por si sirve de algo.

Después de que dejé el mormonismo, seguía sintiendo de vez en cuando la necesidad de “ir a la iglesia”. En ese entonces, sentía que era una verdadera necesidad. Ahora creo que sólo era una costumbre de toda la vida. Un amigo mío asistía a la iglesia unitaria local, que era una iglesia antigua y bien establecida en esa ciudad, y que tenía un pastor prominente. Empecé a asistir con bastante regularidad a los servicios allí, y hasta “me hice miembro”. Para hacerme miembro de la iglesia, sólo tuve que darles mi nombre y dirección. Me enviaron un bonito certificado y me pusieron en su lista de correos. Nada de bautizos, catequismos ni promesas.

El pastor había escrito varios libros con títulos como “Religión liberal” y “Religión sin revelación”. Los compré y los leí. Básicamente, era un mensaje humanístico y no teológico, y me atraía porque tenía sentido, especialmente en comparación con las tonterías del mormonismo que yo ya había rechazado. Sin embargo, me quedé perplejo ante el hecho de que, aunque la iglesia unitaria no tenía ni credo ni doctrina, conservara (al menos en esa congregación) todos los rasgos del cristianismo protestante: los himnos (con las letras editadas para quitar toda referencia al “Salvador” u otra doctrina), el altar, las oraciones y la forma de una gran parte del servicio. Yo no veía por qué alguien rechazaría todas las doctrinas del cristianismo tradicional y, por otro lado, quedarse con sólo la cáscara exterior.

A los pocos meses de mudarme de esa ciudad, simplemente dejé de ir a la iglesia, con la excepción de ir de vez en cuando a la misa solemne, sólo para disfrutar del esplendor, la música y el incienso.

Durante mis estudios de posgrado, y posteriormente, tenía muchas ocasiones de estudiar la historia y pensamiento del cristianismo, y nada de ello me atraía. Me parecía que padecía de todos los mismos defectos que yo había encontrado en el mormonismo. Su teología no tenía sentido. Su desarrollo era obviamente parecido a los orígenes y crecimiento de otras religiones. Su moralidad, al estudiarla como un sistema ético, parecía bastante inmadura e infantil en comparación con los puntos de vista éticos de los grandes filósofos. Y, por último, las pruebas a favor de la veracidad histórica de sus acontecimientos claves (el nacimiento virginal, la encarnación, la resurrección) parecían endebles. Así que, rechacé el cristianismo por los mismos motivos que rechacé el mormonismo. Parecía otra religión más inventada por el hombre. Mucho más antiguo, por supuesto, que el mormonismo, pero intrínsecamente defectuosa, con contradicciones similares, una historia dudosa y una teología construida de manera caótica de pedacitos de sabiduría popular supersticiosa e ideas provenientes de otras religiones.

Estudié otras religiones y filosofías religiosas. El Islam no me atraía porque, como el mormonismo, tenía un autoproclamado profeta como fundador, y la vida islámica parecía bastante restringida. Parecía una religión esencialmente árabe, no universal.

El budismo me atraía muchísimo. La vida del Buda y la mayoría de sus preceptos me parecían admirables y sensatos en muchos aspectos. Empecé a estudiar la reencarnación, no sólo tal como representada por el budismo, sino en general. Me atraía el hecho de que el budismo enfatice el ideal de unirse con el universo, como parte integral de éste. Sin embargo, me inquietaban el ascetismo del budismo, su rechazo total del mundo físico (el único que tenemos) y la medida en que, más adelante, el budismo se fue formalizando y corrompiendo. Me sorprendió, hasta cierto punto, aprender que los budistas son esencialmente ateos —por lo menos la idea de “Dios” no juega un gran papel en el pensamiento budista.

El hinduismo, en algunas de sus manifestaciones, contiene mucha sabiduría y belleza, especialmente en algunas de sus escrituras. Me resultaron fascinantes y reveladoras muchas de sus ideas, según traducidas por místicos occidentales a lo que muchas veces aparece como “*New Age*” o Teosofía, o llamadas con desprecio “religiones místicas orientales” por los cristianos. Sin embargo, no pude aceptar con todo el corazón nada de ello, porque contenía tantas creencias populares y supersticiones.

A medida que estudiaba la psicología, incluyendo los temas al margen de la ciencia como la “parapsicología”, y la historia de la ciencia, llegué a darme cuenta de que todas las religiones que había estudiado eran intentos por explicar sucesos y fenómenos para los que no tenemos ninguna explicación natural. A lo largo de la historia del hombre, cuando no podíamos explicar por qué había sucedido algo, le atribuíamos el fenómeno a alguna deidad. Dios, ángeles y Satanás simplemente sustituían a lo que hoy en día son conocimientos científicos.

¿Por qué se enfermó el bebé? ¿Por qué no creció la hierba? ¿Por qué entró en erupción el volcán? ¿Por qué nos vencieron en batalla nuestros enemigos? Todo esto sucedió porque Dios estaba enojado con nosotros. Cuando sucedían cosas buenas —una recuperación milagrosa de una enfermedad, una victoria, una buena cosecha—, era porque, por algún motivo, Dios estaba contento con nosotros. Sueños, visiones y alucinaciones eran interpretados como mensajes divinos. Se puede rastrear el origen de todas las religiones a esta necesidad de explicar lo desconocido y de controlar los caprichos de la vida. Y la religión sobrevivió, porque a veces parecía que funcionaba, y porque no sabíamos otra cosa.

Desde entonces hemos aprendido las explicaciones naturales para muchas cosas que antes atribuíamos a los caprichos de las deidades. También hemos puesto al descubierto las ideas erróneas que antes eran aceptadas como hechos basados en la revelación divina, como el universo geocéntrico y la edad de la Tierra. Hasta los que siguen creyendo en Dios tienen que admitir que el mejor proceder en caso de enfermedad es acudir al médico para que éste recete el medicamento adecuado, y no pedir al cura o el pastor que determine cómo hemos pecado y que realice un sacrificio ritual. Hoy en día, hasta los cristianos ponen un pararrayos en el campanario de su iglesia para evitar daños al edificio, en lugar de simplemente rogar a Dios que no incendie la iglesia como castigo por el pecado (En el siglo diecinueve, ¡aún había iglesias que se negaban a usar pararrayos!).

Así que, me parece que Dios va perdiendo rápidamente su trabajo como una explicación de cosas que no entendemos.

Me parece que los milagros atestiguados por los creyentes en Dios comparten una contundente semejanza entre sí —tanto los seguidores de Jehová como los de Jesús realizaban milagros bastante parecidos a los de otras religiones. Así que, ¿cómo podían comprobar dichos milagros la autenticidad de una versión de Dios sobre otra? ¿O es que TODOS los dioses son auténticos? Y todas sus experiencias religiosas, sueños, visiones, éxtasis, Visitaciones y voces —ya sean contemporáneos o atestiguados en antiguas escrituras sagradas— se parecen al tipo de cosas que la psicología moderna estudia bajo rubros como “esquizofrenia”, “paranoia”, “histeria”, “delirio” y “lavado de cerebro”. Su valor probatorio de la existencia de Dios parece nulo.

Creo que hay otra explicación respecto a por qué la idea de Dios ha sobrevivido tanto, pero es un poco cínico: los antiguos sacerdotes se dieron cuenta rápidamente de que su propio sustento dependía de la piedad y devoción de los creyentes. ¿Por qué voy a pagar a Dios —a través de los sacerdotes— por su misericordia, protección y favores si ni siquiera creo en Él? Les conviene mucho a los sacerdotes, en un sentido práctico, mantener intacta la fe en Dios. (Admito de buena gana que hay muchos clérigos abnegados y comprometidos que están trabajando en el mundo, pero también sé de otros que reprimían sus dudas sobre la realidad de Dios porque sabían que quedarían desempleados si permitieran que esas dudas salieran a la superficie.)

Asimismo, sospecho que a muchos dizque creyentes les entran dudas, pero las reprimen cuando toman en cuenta que la contemplación de esas dudas podría conducir a la comprensión de que han pasado la vida con creencias ilusorias, desperdiçando su tiempo y recursos por un castillo en el aire, en el verdadero sentido de las palabras. Quizás esto sea una explicación de por qué pocas personas se vuelven ateas a una edad más avanzada —han ido demasiado lejos en el camino del teísmo como para volverse atrás.

Todavía tenemos, aun con nuestra mejor ciencia y pensamiento, muchas incógnitas sin respuestas —o insuficientemente explicadas— sobre nuestro universo, la vida y los extraños fenómenos. Pero creo que puedo estar bastante seguro, basándome en la larga historia de los logros intelectuales de la humanidad, de que la respuesta a esas incógnitas NO ES “Dios”. Hasta Dios, tal como lo conciben la mayoría de los cristianos, no sirve como respuesta, porque, en última instancia, el cristiano tiene que admitir que “realmente no podemos conocer a Dios”, “Dios es inefable”, “Dios está más allá de nuestra comprensión”, “quizás en el cielo sabremos la respuesta” y que “el proceder de Dios no es como el nuestro”, entre otras no-respuestas de esa índole.

Así que, supongo que se puede decir que soy ateo porque no he visto pruebas contundentes a favor de la existencia de Dios, tal como lo afirman los teístas.

No tengo ningún inconveniente en admitir que quizás no haya respuestas a tales preguntas, al menos ninguna que yo podría entender (¡Diablos, ni siquiera entiendo la trigonometría!), o que no las van a encontrar en un futuro previsible; es decir, en el transcurso de mi vida. Mientras tanto, creo que la mejor política es contentarse con ninguna respuesta en absoluto a esas preguntas, en lugar de correr el riesgo de aceptar como auténtica una respuesta falsa.

También estoy bastante dispuesto a admitir que nuestro conocimiento del universo es todavía limitado, y que quizás no seamos (de hecho, es casi seguro que no lo somos) los seres más inteligentes y avanzados del universo. Obviamente, hay poderosas fuerzas, y quizás inteligencias, que obran en el universo de las que no somos conscientes. Pero esas fuerzas e

inteligencias no tienen por qué ser diferentes en su naturaleza básica de esas fuerzas e inteligencias de las que sí somos conscientes. O sea, no tenemos por qué calificarlas de “dioses” o “Dios”, así como tampoco un pez en mi estanque de truchas tiene por qué pensar que yo sea fundamentalmente diferente de él por el simple hecho de que yo tenga control sobre su mundo y que sea (ojalá que así sea) más inteligente que él.

Así que, no veo ninguna razón para creer en el tipo de Dios omnipotente, omnipresente, omnisciente y omnibenevolente que dicen existir la mayoría de los cristianos, porque las pruebas a favor de tal ser son insuficientes y contradictorias. Sería arrogante, sin embargo, dudar que existan en el universo fuerzas, poderes y quizás inteligencia. Es sólo que no tengo los medios de conocerlos o identificarlos, ni tampoco los tiene nadie, que yo sepa.

He estudiado todas las supuestas pruebas de la existencia de Dios, principalmente tal como las han presentado los cristianos, ya que éstos parecen ser las autoproclamadas autoridades en temas respecto a Dios, y las he analizado todas con paciencia y cuidado. Y todas estas pruebas tienen graves falacias lógicas. Además, no he visto hasta la fecha una refutación convincente de los numerosos argumentos presentados por ateos sobre la imposibilidad de la existencia de Dios (al menos tal como lo describen los cristianos). Para excelentes argumentos en pro y en contra, véase *The Secular Web: Arguments for God* y, en el mismo sitio, *Arguments for Atheism*.

En todos los ofrecimientos de prueba respecto a Dios, he encontrado entre los creyentes una profunda ignorancia —aun al nivel más elemental— de las normas probatorias y de la lógica, incluso por parte de personas con altísimos niveles de escolaridad. Yo, por otro lado, tuve la oportunidad de profundizarme en las normas probatorias y de lógica cuando estudiaba la abogacía en la facultad de derecho. Esas normas no son reglas arbitrarias, sino métodos sensatos, realistas y pragmáticos de valorar afirmaciones sobre la verdad que se utilizan decenas de veces al día en salas de justicia por todo el mundo. Dichos métodos han sido probados y refinados a lo largo de siglos, y, la mayoría de las veces, nos sirven bien para dilucidar la verdad en el sistema de justicia. Si somos personas que generalmente tenemos un buen sentido común, es probable que también usemos, de manera intuitiva, las mismas normas en la vida cotidiana cuando vamos de compras, tomamos decisiones en los negocios y resolvemos problemas, tanto los grandes como los pequeños.

Entonces, ¿qué sentido tiene abandonar esas normas probatorias al valorar afirmaciones religiosas? ¿Por qué debemos aceptar menos pruebas, en lugar de insistir en más, cuando alguien quiere que aceptemos como un hecho la existencia de un ser, que además de invisible, es de una naturaleza ilógica y está más allá de nuestra comprensión? ¿Qué sentido tiene escatimar en la aplicación de las rigurosas normas de lógica en una conversación religiosa? ¿Por qué debemos dejar, si insistimos en tales pruebas y lógica, que nos tachen de testarudos, malvados, rebeldes, orgullosos y materialistas (suelen decir todo lo anterior con cara de desprecio, condescendencia, lástima y piedad)? ¿Qué de virtuoso hay en ser un crédulo simplón? De todas las absurdas descripciones de Dios, ¿en cuál es más virtuoso creer?

Yo creería en Dios si éste pudiera hacer que me llegaran pruebas fidedignas de su existencia. Hasta la fecha, eso no ha pasado, y tengo que preguntarme por qué. El creyente, desde luego, dirá que soy testarudo, orgulloso y demasiado “culto”. Pero Dios —si es que existe— sabe que no soy así. Aun así, Dios sigue guardando silencio. Le he marcado, pero nadie contesta. Tampoco hay mensaje en la máquina contestadora. ¿Debo tratar de tener una experiencia alucinatoria?

¿Cómo sabría que no fuera más que una simple alucinación? Por lo tanto, no veo razón alguna para fingir que Dios existe.

Supongo que debo hacer algún comentario sobre la muerte, ya que muchas personas dan por sentado que un ateo tiene que creer que la vida termina súbita y permanentemente al morirse uno, y se sorprenden cuando les digo que no necesariamente creo eso. Después de todo, las dos ideas (Dios y la vida después de la muerte) no son necesariamente conectadas. Los antiguos judíos, por ejemplo, creían firmemente en Jehová, pero sólo tenían nociones vagas sobre la vida después de la muerte. Fue sólo hasta uno o dos siglos antes de Cristo, bajo la influencia de otras religiones (paganas), que la idea de la inmortalidad humana se popularizó hasta cierto punto entre los judíos, y aun en aquel entonces no era una creencia universalmente aceptada (p. ej., entre los saduceos). Los budistas, por otro lado, creen firmemente en la vida después de la muerte (reencarnación), pero no tienen ninguna noción clara sobre Dios.

Durante mucho tiempo después de abandonar la creencia en Dios, creí que había pruebas creíbles de que algo de la personalidad humana sigue existiendo después del momento de la muerte. Relatos de experiencias “cercanas a la muerte”, fantasmas, duendes, canalización espiritual, experiencias con las tablas Ouija, recuerdos de vidas pasadas bajo hipnosis —todos parecían indicar la existencia continuada de la personalidad. A medida que he estudiado más a fondo los análisis de tales fenómenos desde un punto de vista más escéptico, las pruebas me van pareciendo menos convincentes. Aun si fueran más convincentes, no cambiaría mi manera de vivir, ni para bien ni para mal, porque creo que debemos vivir lo mejor que podamos con las pruebas que tenemos, y la cuestión de si sobrevivimos la muerte no cambiaría la manera en que vivo.

Muchas veces a los teístas les sorprende la tranquilidad con la que los ateos enfrentan la muerte o hablan del tema. A mí la muerte me parece tan natural como dar a luz, y nada que temer (aunque el proceso de morir a veces puede ser acompañado de un desagradable dolor).

Durante años, me calificué de agnóstico, pero en realidad no creo que haya ninguna diferencia entre el ateo cuando dice “No creo en ningún dios” y el agnóstico cuando dice “En realidad, no sé si existe algún dios”. Me parecen, a un nivel intelectual, lo mismo. ¿Y realmente importa? Quizás soy un “apateo” (apático más ateo) —o sea, realmente no me importa.

Algunos ateos (a veces llamados “ateos positivos”) dicen “Yo creo que Dios NO existe”. A mi parecer, esto sufre de la misma arrogancia intelectual y pensamiento basado en la fe que la afirmación “Creo que Dios existe.” Entre los que lo han pensado bien, creo que hay muy pocos ateos que hayan tomado esta posición —tal postura convierta el ateísmo en una religión.

No quisiera yo que todo el mundo sea ateo. Quizás los creyentes tengan razón cuando dicen que tanto una creencia en Dios como una responsabilidad ante Él son lo único que impide que roben tiendas de conveniencia, seduzcan la esposa del vecino y le den patadas al perro. Les creo. Me alegro de que tengan una creencia en un Dios que los mantiene a raya.

El ateísmo no es intrínsecamente malo, no más de lo que es la religión. Tanto la creencia como la falta de ella pueden usarse para el bien o para el mal, y así ha sucedido. Así que, tiendo a fastidiarme cuando los creyentes, a medida que tratan de fomentar la creencia en el “verdadero dios”, se dan ínfulas de supremacía moral y hacen caso omiso de la historia sangrienta de la religión. El ateísmo es un punto de vista que tienen algunas de las personas más amables y

cariñosas del mundo, cuyo defecto más grave, en los ojos de muchos, es su escepticismo, su rotunda negativa a quedarse desconcertadas, y cuya sincera ausencia de prejuicios es ignorada con demasiada frecuencia y muy pocas veces imitada.